

pues todos tenemos características propias y no somos como las piedras, con las que puede levantarse un edificio, iguales las unas a las otras.

—¿Y nosotros los jóvenes?—le pregunté.

—Vosotros también si sois honrados y no dejáis que os utilicen para tapar las brechas del sistema burgués. Pasará mucho tiempo todavía antes de que esta clase se derrumbe. La casa se cubrirá de nuevos revoques y no faltarán los rebeldes que se dejen emplear como cemento. Pero si eres honrado tu vida discurrirá en una triste independencia y soltería entre los dos frentes. Lo verás todo, lo comprenderás todo, sobrevivirás a nuevas guerras y revoluciones y seguirás sintiéndote siempre solo, huérfano de toda sociedad, sin techo, sin patria, sin eco, sin fruto.

—¿De modo que es ese el destino que me aguarda?—le pregunté.

—Sí—dijo el profesor—, me temo que sea ese el destino reservado a los jóvenes de tu generación. *El destino del hombre que carece de clase.*

La novela de Glaeser es una sátira aguda contra la burguesía y los revolucionarios alemanes. Enfoca el problema más formidable de la post guerra y hace un proceso duro, patético, apretado de emoción humana, de la historia de la revolución, de las sangrientas jornadas de los espartaquistas y de la corrupción moral que la guerra dejó como único beneficio a los países de Europa y acaso del mundo.—DOMINGO MELFI.

DIVAGACIONES ALREDEDOR DE LA POESIA

VII.—FORMAS DE LA POESÍA NUEVA.—ULTIMAS CONSIDERACIONES

CON el presente artículo termino estas ya largas divagaciones. A empezarlas me animó únicamente el deseo de exteriorizar las pocas ideas que tengo sobre el tema, tema que me interesa de manera profunda y que en Chile no ha tenido hasta ahora exégeta alguno digno de consideración. No he pretendido hacer en esto cátedra, ni mucho menos; tampoco he querido colocar jalones que guíen el camino de ajenas plantas. No han sido esas mis intenciones y no lo han sido porque, por una parte, no creo haber dicho todo lo que quería decir; algo se ha quedado dentro de los límites de lo inefable, algo que tal vez era lo más importante o lo único que tenía que decir; y, por otra, porque el concepto de la poesía es personalísimo en cada poeta. Esto impide, por lo menos a mí me lo impide, hacer cátedra. Por lo demás, no he terminado definitivamente; en un futuro trabajo intentaré concretar las conclusiones de este incompleto ensayo.

* * *

Dije en mi último artículo que en la poesía nueva se distinguían, hasta ahora y principalmente, tres formas. Analicé ya las dos primeras, he dejado para este artículo la que considero más interesante. Antes de empezar a hablar de ella debo advertir que esas tres formas o modos de construir no están substancialmente definidos ni reconocidos como oficiales en la nueva poesía. Más aún: los poetas nuevos son los más desconcertados con las dificultades que presenta la expresión formal de la nueva poesía. Cada uno va por donde materialmente puede, enredándose aquí y allá, contribuyendo así a hacer más grande la confusión, más aparente que real, que existe en la materia. Esto se debe a que la nueva poesía, o más exactamente, el sentido de la nueva poesía, por lo menos en lo que se refiere a la mayoría de los poetas, es un proceso en formación; está en su época de ensayo, de tanteo; evoluciona, en busca de sus moldes precisos, sin que se pueda predecir dónde se detendrá. Así lo estimo yo, y lo estimo así porque no he encontrado todavía un producto definitivo, completo, sin vacilaciones, que pueda hacerme pensar que la nueva poesía ha logrado, por fin, cuajar un fruto específico. Sus frutos están aún verdes.

Sin embargo, la lectura atenta de algunos poemas me ha permitido verificar diferencias formales de algún relieve que me han llevado a separar, de esta manera, las tres formas de que he hablado, formas que en principio podrían tildarse de arbitrarias o antojadizas, pero que presentan ya una cristalización, no muy pura todavía, pero innegable, evidenciada entre los sedimentos que empiezan a constituir el estrato de la nueva poesía. Quizá no sean estas formas las únicas que existen y tal vez no sean las que van a perdurar; pero por el momento no distingo otras.

* * *

He dicho ya (*Atenea* N.º 70) que en la poesía nueva existe el poema

que intenta, más que otra cosa, valorizarse por la música que resulta de la aproximación de las palabras que, a falta de relaciones lógicas, las tienen de color y de sonido. Esta última forma es la más noble y la más difícil: es la poesía pura. Continúa en cierto modo, y en su parte esencial, la tradición de la más alta poesía de todos los tiempos.

Con esto está dicho todo. Es la poesía a que aspira la tota-

lidad de los que escriben versos y a la que muy pocos llegan a dar forma, tan pocos que pueden contarse con los dedos los versos que en cada literatura merecen el honor de ser clasificados dentro de ella. En Francia es famoso el verso de Racine:

la fille de Minos et de Pasiphaé.

Al hablar de este verso y de uno de Musset:

la blanche Oloossonne et la blanche Camire,

dice Marcel Proust:

les beaux vers étaient d'autant plus beaux qu'ils ne signifiaient rien du tout. (*Du côté de chez Swann*, p. 87.)

Para los que hablamos una lengua que no es la del autor de *Fedra*, ese verso no representa gran cosa como sonoridad ni como color. Podríamos encontrar en los poetas españoles, y aún en los chilenos, entre los primeros con preferencia en Góngora, versos superiores en calidad rítmica y con menor significación que el de Racine, que tiene una sugerencia mitológica, aunque no sea ese su valor esencial. Además, sucede en esto lo siguiente: la poesía que no es de concepto, sino de ritmo puro, pierde su total valor al ser traducida; le han sido cambiadas las palabras y el sonido de esas palabras, con lo cual ha perdido las bases que le servían para equilibrarse y danzar. Un hombre de otra lengua, especialmente de una superior en musicalidad a la francesa, a no ser que esté profundamente penetrado de los escasos valores fonéticos de la última, encontrará del todo pobre ese verso inmortal. Y es que al leerlo lo lee como español o como inglés, por ejemplo, buscando en él no una sonoridad francesa, sino una española o inglesa. Inconscientemente compara y mentalmente traduce:

la hija de Minos y de Pasífae,

verso que en castellano no llama la atención de nadie.

De todos modos, este verso, que deja mudos de emoción a los franceses y que a nosotros nos parece casi átono, nos sirve como ejemplo de lo que se llama poesía pura, es decir, ritmo puro. En la poesía chilena de estos últimos tiempos, especialmente en la de Pablo Neruda y en la de Pablo de Rokha, un lector atento y de buen gusto encontrará magníficos versos, dignos de figurar en una antología de poesía pura. Personalmente

estimo que Pablo de Rokha, hombre a quien sólo le falta orden y selección para llegar a producir obras maestras, es el que ha escrito aproximadamente los mejores versos de esa índole. Recuerdo algunos de *Escritura de Raimundo Contreras*:

entusiasmo de tomates
colocados encima del cielo sobresaliente
la sociedad blanca del río que lame noches verdes
erguida de pescados infantiles

Pero sucede en la poesía pura una cosa muy singular: no aparece, por lo menos no ha aparecido hasta este instante, sino en versos aislados, versos que vienen a ser en el poema como el fruto o la flor. No he leído jamás una composición poética cuyos versos fueran todos de esa calidad; en los estudios sobre la materia no he encontrado más que citas de un solo verso. Esto pudiera hacer pensar que la poesía pura está constituida sólo por el motivo del poema, por el motivo puro, y que no es sino la cifra alrededor de la cual se desenvuelven operaciones que le prestan ambiente, graduando el sonido y la expresión hasta llegar al climax que representa el verso fundamental. Pero esto, que indudablemente sucede en algunos poemas, sería caprichoso fijarlo como norma general.

Lo innegable es que la poesía pura es un hallazgo que no acaece comúnmente, que a veces se da sólo una vez en toda una vida de poeta y tres o cuatro en cada literatura. Sin embargo, ninguna poesía como la nueva, completamente apartada de trabas, puede darnos—podrá darnos—una posibilidad mayor de poesía pura, mejor dicho, de versos puros. Y digo versos porque me parece imposible que se pueda producir un poema puro desde su primero hasta su último verso. Sería algo de tal modo denso que impediría penetrarlo o de tal forma liviano que no dejaría en nosotros emoción ni huella alguna. Sería la perfección, que se anhela, pero que no llega y que si llega nos parece extraña a nuestros mismos deseos o excesiva para nuestra capacidad de comprensión y de goce.

* * *

En Chile la poesía nueva no ha tenido más altos cultores que los dos poetas que acabo de nombrar. Sus tentativas no han sido superadas y tal vez no lo serán ya, ni aun por ellos mismos. Para hacerlo deberían variar el tono de su canto y dirigir y fijar éste en una zona más próxima a la realidad. Algunos poetas sudamericanos, varios brasileros, otros argentinos y

ciertos mexicanos, han logrado crear, usando la nueva técnica y aplicando su talento poético a la expresión de las circunstancias físicas y humanas de sus respectivos países, hermosas poesías, de alto carácter y originalidad. Hay muchos caminos por seguir y lo peor es irse por uno solo, pues si los recursos del poeta no son extraordinarios, se corre el peligro de caer en una repetición fatal.

Hay mucha gente que cree que ser poeta nuevo es cosa fácil, que cualquiera lo puede ser si coloca unas tras otras todas las palabras que se le ocurran; es *canción de receta*, me decía hace poco un poeta chapado completamente a la antigua. No hay duda que muchos poetas nuevos, que de tales no tienen sino el nombre, proceden de la manera que pretenden los enemigos de la nueva poesía; pero esto no debe preocuparnos. Dejemos lo mediocre y lo nulo a un lado e invitemos cordialmente, a los que aquello afirman, a que escriban una *buen*a poesía nueva, cuyos valores, en primer lugar, ignoran casi tanto como ignoraban los valores anteriores.

La mejor demostración de que la poesía nueva es una poesía no asequible a cualquiera, la constituye el hecho de que entre los treinta o cuarenta poetas que la cultivan en Chile sólo dos o tres han logrado destacar valores positivos. De los demás, unos andan a salto de mata, sin saber hacia dónde dirigir sus pasos ni qué galimatías crear para aparecer originales; otros trabajan sin mayores resultados, pero honradamente, y los demás esperan, pasan, como los jugadores que no quieren arriesgar su dinero a una carta cuyas posibilidades son oscuras.—
MANUEL ROJAS.

ASONANCIAS Y DISONANCIAS.

MONTERREY

LA letra impresa no se emplea, esta vez, en metafisiqueos. Ni vale para las actitudes dogmáticas el manifiesto que en cabeza este periódico personal. El autor—Alfonso Reyes—nos lo ha dicho con su sentido peculiar de la prosa. No muestrario de páginas escogidas, sino «estuche de instrumentos y gaceta de avisos para el trabajador literario... órgano de relación, de relación social, con el mundo de los escritores; un boletín de noticias del trabajo, casi una carta circular». Tras ochsus o